

"ROTARY" Y EL CATOLICISMO

INTRODUCCION

Con este mismo título publicaba el pasado abril la revista «Rotary», órgano de los Rotary Clubs de España, un artículo reproducido de «El Rotario Argentino», destinado a «despejar las dudas de algunos católicos» sobre la conciliación entre el Rotary y el catolicismo. Estas dudas han querido despejar los rotarios, no solamente con artículos publicados en la prensa, sino también, y principalmente, con una *Resolución* o conclusión adoptada en la Conferencia Rotaria que se acaba de celebrar en Barcelona. Dice así la tercera de las Resoluciones de la Conferencia: «ETICA. — a) Que todos los rotarios del distrito 60 del Rotary internacional conocen perfectamente los principios, máximas y reglas de conducta rotarios y están completamente convencidos de que ninguno de ellos se opone al dogma y disciplina católico (*sic*)». (De «Las Noticias», 19 de mayo de 1928, pág. 4, col. 3.)

Como, naturalmente, los católicos no reconocemos la competencia del tribunal rotario, compuesto exclusivamente de legos, algunos o muchos de los cuales ni siquiera son católicos, para fallar en causa tan grave, nos permitiremos discutir el valor o la verdad de esta Resolución. Para ello apelaremos a las declaraciones que ellos mismos acaban de hacer, ordenadas en gran parte precisamente a despejar las dudas de *algunos* católicos sobre la conciliación del Rotary con la doctrina católica. Prescindiremos de todo lo demás. Bastan sus propias declaraciones para convencer a toda conciencia católica de que el Rotary no es compatible con el catolicismo.

Nos dirigimos a los católicos que deseen mantener incólume la integridad de su fe. Los demás acaso no estén suficientemente capacitados para comprender la mentalidad católica, necesariamente intransigente en todo lo que atañe al dogma y a la moral.

que los católicos miramos como algo sagrado e intangible, como verdad al fin revelada por Dios. Mutilar la más mínima parte de esta verdad divina es a los ojos de todo buen católico un sacrilegio; disimularla o paliarla, es una cobardía; arrumbarla, para sustituirla por algo *mejor*, es una apostasía. Si no se comprende esta actitud de noble intransigencia, única que lógicamente puede adoptar un católico, hágasenos al menos justicia no confundiéndola con la terquedad o fanatismo o estrechez de criterio.

LA FINALIDAD DEL ROTARY

CAE DENTRO DE LA ESFERA DE ACCION DE LA IGLESIA

«El ideal del rotario se comprende, se siente; pero difícilmente se explica. Rotarismo es amor al prójimo, defensa de todo lo limpio y honrado, medio para allanar las asperezas que nos presenta incesantemente la vida.» Así decía en su Conferencia el señor Montañés («Las Noticias», 19 mayo, pág. 4, col. 2). Poco antes había dicho: «Sus actividades giran alrededor de esta máxima: *Amaos los unos a los otros.*» «La base es el amor, según los dictados de Cristo» (*Ib.*). En las conferencias y artículos de estos días se expresan con frecuencia las ideas de caridad, justicia, educación moral, elevación de sentimientos, mutua inteligencia, paz universal: valores todos de orden moral o espiritual. Para regular y fomentar sus actividades tiene el Rotary sus principios, máximas y reglas de conducta, en una palabra su «Moral Rotaria», o, si se quiere, su «Ética Rotaria».

Ahora bien, todos esos ideales y actividades caen de lleno bajo la jurisdicción de la autoridad eclesiástica y dentro de su esfera de acción, como podría demostrarse, si fuese necesario, por innumerables documentos pontificios. Léanse, por ejemplo, los números 11, 14 y 57 del *Syllabus* de Pío IX y los cánones 1.382 y 1.385 § 1 del *Código de Derecho Canónico* (1). Por otra

(1) En gracia de los que no tienen a mano los documentos aquí citados, copiaremos las expresiones principales. La proposición 11ª del *Syllabus* dice: «La Iglesia no sólo no debe jamás proceder contra la *Filosofía*, sino que debe además tolerar los errores de la misma *Filosofía*...» (DENZINGER, 171). La contradictoria de esta proposición condenada supone evidentemente la competencia o jurisdicción de la Iglesia en materias filosóficas. La proposición 14ª dice: «La *Filosofía* se ha de

parte, los rotarios en la prosecución de su ideales y en el desenvolvimiento de sus actividades prescinden en absoluto de la dirección y autoridad de la Iglesia, en materia que la Iglesia declara ser de su competencia. Que los no católicos hagan eso, allá ellos; mas los católicos no pueden en conciencia desarrollar sus actividades dentro de la esfera de acción de la Iglesia, desconociendo prácticamente la autoridad de la misma Iglesia y, lo que peor es, dejándose gobernar por quienes hacen profesión de prescindir en absoluto de ella.

Al proceder de este modo, con entera independencia de la autoridad de la Iglesia en materia que le pertenece, cae necesariamente el rotarismo en una especie de moral racionalista, humanitaria y laica, que, a sabiendas o a ciegas se alza como rival de la moral evangélica. Y entre la moral del Rotary y la moral de Cristo, la opción no puede ser dudosa para un católico.

No todos acaso penetrarán toda la fuerza de esta razón fundamental. Por esto, para no dar lugar a tergiversaciones, que pueden ser fatales, la presentaremos en forma de dilemas, que pondrán de relieve la inconsecuencia de los que quieren ser a la vez católicos y rotarios.

PRIMER DILEMA

Preguntamos: ¿Admite el Rotary algunos principios religiosos como base de su ética, o bien profesa una moral no basada

tratar sin tener en cuenta para nada la revelación sobrenatural» (DENZ. 1714). Luego la Iglesia, a quien se ha confiado exclusivamente la revelación sobrenatural, tiene derecho para examinar si la Filosofía está de acuerdo o en contradicción con la verdad revelada. Más categórica es la proposición 57ª: «Las ciencias filosóficas y morales, lo mismo que las leyes civiles, pueden y deben sustraerse a la autoridad divina y eclesiástica» (DENZ. 1757). Luego, ni deben, ni pueden sustraerse. El Canon 1382 del *Código de Derecho Canónico* declara que «los Ordinarios pueden visitar toda clase de escuelas en lo que atañe a la formación religiosa y moral»: lo cual supone en los Ordinarios competencia o jurisdicción en la moral, lo mismo que en la religión. El Canon 1385, § 1, 2º, somete a la censura eclesiástica todos los libros que tratan de «Teología natural, *Ética* u otras semejantes disciplinas religiosas y morales»: lo cual supone igualmente que la jurisdicción eclesiástica se extiende a la *Ética* o Filosofía moral; pues, a no tener jurisdicción, la intromisión de la Iglesia en semejantes materias sería una usurpación. A estos documentos puede añadirse, entre otros, el *Motu proprio* de Pío X, de 18 de diciembre de 1903, sobre el *Ordenamiento fundamental de la Acción popular cristiana*, en cuyo § XVII se dice que «los escritores democrático-cristianos, como todos los escritores católicos, deben someter a la previa censura del Ordinario todos los escritos que se refieren a la religión, a la moral cristiana y a la *Ética natural*» (*Acta S. Sedis*, vol. 36, pág. 344).

en la religión? Si lo primero, queda condenado por la reciente Encíclica de Su Santidad «*Mortalium animos*». Si lo segundo, está condenado por el *Syllabus*, y aun por la misma *Ética* natural. Examinemos brevemente la fuerza ineludible del dilema.

Por de pronto el Rotary tiene su *Ética*, que en otros distritos apellida «*Moral Rotaria*», y aquí en el distrito 60 denomina cautelosamente «*Ética Rotaria*». Esto supuesto, una de dos: o esta *Ética* se basa en algunos principios religiosos en que convengan o puedan convenir todos los rotarios, o bien prescinde de todo principio religioso como base de la *Ética* natural y profesa consiguientemente una *Ética* o *Moral arreligiosa*. Entre estos dos extremos, evidentemente, no existe término medio. O *Moral* con religión, o *Moral* sin religión. Ahora bien, en ambos casos el Rotary es inadmisibile en conciencia a todo católico consecuente. No será difícil demostrarlo.

Supongamos, primeramente, que el Rotary funda su *Ética* en algunos principios religiosos, que no son los principios católicos en su integridad. En tal caso sale al paso a los católicos la reciente Encíclica de Su Santidad «*Mortalium animos*», para intimarles que no les es lícito colaborar con los acatólicos en orden a promover un fin moral tomando como base ciertos principios religiosos en que puedan convenir todos los que no se declaren ateos. Dice así el Romano Pontífice: «Fácilmente se echa de ver... por qué son tantos los que anhelan ver a las naciones cada vez más unidas entre sí por esta fraternidad universal... Convencidos de que son rarísimos los hombres desprovistos de todo sentimiento religioso, parecen haber visto en ello esperanzas de que no será difícil que los pueblos, aunque disientan unos de otros en materia de religión, convengan fraternalmente en la profesión de algunas doctrinas que sean como fundamento común de la vida espiritual. Con tal fin suelen estos mismos organizar congresos, reuniones y conferencias, con no escaso concurso de oyentes... Tales tentativas no pueden, en ninguna manera, obtener la aprobación de los católicos, puesto que están fundadas en la falsa opinión de los que piensan en que todas las religiones son, con poca diferencia, igualmente buenas... Cuantos sustentan esa opinión... poco a poco vienen a parar en el naturalismo y ateísmo.»

No queda mejor parado el Rotary en la segunda hipótesis de una *Ética arreligiosa*. Semejante *Ética*, que no es otra cosa que una «Moral sin Dios», está anatematizada en el *Syllabus*, en que se condena esta proposición (3ª): «La Razón humana, desligada en absoluto de toda relación con Dios, es el único árbitro... del bien y del mal, es ley para sí misma y con sus fuerzas naturales se basta para procurar el bien de los hombres y de los pueblos.» Es, además, esa *Ética* sin Dios, opuesta a la misma razón natural, como lo declara y demuestra León XIII en su Encíclica «*Libertas*»: «Claramente resulta de lo dicho cuán repugnante sea todo eso a la razón natural. Repugna, en efecto, sobremanera, no sólo a la naturaleza del hombre o la sociedad civil y Dios Creador y, por tanto, Legislador Supremo y Universal; por cuanto todo lo hecho tiene forzosamente algún lazo que lo una con la causa que lo hizo... Es, además, semejante doctrina perniciosísima... En efecto, dejando el juicio de lo bueno y verdadero a la sola razón humana, desaparece la distinción propia entre lo bueno y lo malo; lo torpe y lo honesto no se diferenciarán en la realidad, sino según la opinión de cada uno...»

En suma, según la doctrina católica, la *Ética* ha de estribar en principios religiosos, que, en la presente realidad histórica en que vivimos, no pueden ser otros que los principios católicos íntegramente aceptados. Por consiguiente, todo otro sistema ético es inadmisibile a un católico; quien no podrá tomar semejante sistema como base de inteligencia, alianza o colaboración con hombres no católicos para promover el bien de la humanidad.

De hecho, por cuál de los dos extremos del dilema opten los rotarios no aparece claro. Sus vacilaciones, tergiversaciones y contradicciones muestran el embarazo en que se hallan ante la posición franca y resuelta del catolicismo. Por una parte en la Resolución 3ª, b) establecen los rotarios: «Que el Rotary Internacional no reviste carácter ascético de ninguna clase y no pretende constituir una religión ni sustituirla, como tampoco establecer principios positivamente religiosos.» («*Las Noticias*», 19 de mayo de 1928, pág. 4, col. 3.) Y el señor Meana en su Conferencia declaraba que en el Rotary «la religión de los socios no es anotada» (*Ib.*). Pero, por otra parte, en la apertura

de las sesiones «Don Florestán Aguilar... anuncia que para que la Providencia les auxilie en su tareas y que éstas sean fructíferas, la capilla de música iba a interpretar el *Veni Creator Spiritu* (sic.) Así se hizo, escuchándolo los concurrentes en pie, con religioso silencio» (Ib. col. I). Y en el programa de la excursión rotaria a Montserrat figuraba la «Salve cantada por la escolanía del monasterio». Es, por fin, muy significativa la Resolución 3ª, f): «Que se traduzcan con el mayor cuidado y esmero posible los Estatutos, Reglamento y literatura rotaria, *adaptándolos a los usos y costumbres de este Distrito*, por ejemplo, substituyendo la palabra *Moral Rotaria* por la de *Ética Rotaria*» (Ib. col. 4). Estas concesiones hechas al espíritu religioso del Distrito 60 no se armonizan muy bien con las declaraciones *arreligiosas* que preceden. Parece que los rotarios intentan evadir el dilema oscilando entre los dos extremos sin declararse francamente por ninguno de ellos. Pero inútilmente. Porque mientras los rotarios no funden su Ética en los principios religiosos del catolicismo, lo mismo da para un católico que opten por el primer extremo o por el segundo, o que oscilen entre ambos.

SEGUNDO DILEMA

Más comprometedor es acaso para los rotarios otro dilema. Tienen los rotarios un programa, que, aunque vago e indeciso, entraña en sí un ideal de rectitud, justicia, amor, elevación moral, bienestar espiritual, paz universal. Preguntamos, pues: este noble ideal ¿es el ideal evangélico, o no? Si lo es, usurpan a la Iglesia el derecho, confiado exclusivamente a ella, de mantener y propagar este ideal. Si no lo es, entonces alzan frente al ideal evangélico otro ideal y otro programa, que, por el solo hecho de ser diferente, es fatalmente su rival y su enemigo. Y en uno y otro caso no es lícito a un católico cooperar a la propagación y sostenimiento del ideal rotario.

En efecto, esa cooperación encierra en sí una grave ofensa o a la Iglesia católica o al mismo Jesucristo.

La razón es clara. Porque si el ideal rotario es el mismo ideal evangélico, el presentarse ahora los rotarios como nuevos caballeros de este ideal es echar en cara a la Iglesia que ella o no

ha comprendido la nobleza de este ideal o no ha sabido realizarlo. Si, al contrario, ese ideal no es el evangélico, entonces la injuria se envuelve contra el mismo Cristo, quien se propuso, sin duda, la renovación y elevación espiritual de la humanidad, pero que no supo formular su ideal en un programa completo y realizable, cual ahora lo han formulado finalmente los rotarios.

De hecho, los rotarios, en medio de sus ambigüedades o vacilaciones, parecen proponerse el ideal evangélico. En su Conferencia decía el señor Laza: «Las finalidades del Rotary, como el Decálogo, pueden resumirse en una sola: ama a Dios y a tu prójimo, y así servirás a Dios y a tu patria» («Las Noticias», 19 de mayo de 1928, pág. 4, columna 2). Más claramente, en la Revista «Rotary» se reproducen estas expresiones del Pbro. doctor Francisco Garro, quien dice hablando con el mismo Jesucristo: «*Dar de sí antes de pensar en sí.* He aquí, Señor, uno de los principios de esta Institución, que es absolutamente cristiana y que practica tus máximas» («Rotary», abril de 1928, página 9). En cambio, el señor Sánchez Cuervo en su Conferencia «habló de los sentimientos humanos, señaló la falta de filosofía en los individuos frente al enigma de la muerte, y esbozó lo que son las teorías evolucionistas. Para polarizar tan vagas ideas, dijo, se creó el Rotary» («Las Noticias», ib. col. 1). No sabemos con qué exactitud o precisión reproducen esas palabras el pensamiento del conferenciante; pero el relieve que en el resumen presentan los *sentimientos humanos*, la *filosofía* y las *teorías evolucionistas*, inducen a sospechar que el ideal rotario, tal cual lo propone el señor Sánchez Cuervo, no tiene nada de religioso, nada consiguientemente de evangélico y cristiano sino que es puramente (o, a lo menos predominantemente) filosófico y naturalista, si ya no es que se funde en las teorías evolucionistas. De todos modos, la muerte no es un enigma para los cristianos, ni dice con ellos esa falta de filosofía ante el hecho de la muerte. Mucho menos puede decirse que eran tan vagas las ideas de los cristianos, que necesitasen la creación del Rotary para polarizarlas.

En suma, parece que los rotarios se inspiran vagamente en el ideal evangélico, que ellos pretenden mejorar o elevar, acomodándolo juntamente a la vida moderna; lo cual hacen despoján-

dolo de su espíritu religioso. Arrancan la flor de su raíz. Por ambos conceptos, el Rotary es absolutamente inadmisibile a todo católico. Por cuanto se apropian, sin tener misión para ello, el ideal evangélico, usurpan los derechos de la Iglesia católica. Por cuanto lo pretenden *depurar* de todo elemento religioso, infieren grave injuria al divino Maestro, a quien osan enmendar la plana.

TERCER DILEMA

También el Romano Pontífice tiene un programa, elevado a la vez y concreto, de caridad y de justicia, de perfeccionamiento moral y paz universal. Preguntamos, pues: el programa rotario ¿coincide con el programa papal, o disiente de él? Si coincide, no necesitan los católicos acudir a hombres advenedizos para tener un programa noble y práctico de acción en bien de la humanidad. Si no coincide, no necesitan los católicos acudir a hombres advenedizos para tener un programa noble y práctico de acción en bien de la humanidad. Si no coincide, menos aún pueden los católicos abandonar el programa del Papa para abrazar un programa sospechoso.

El programa rotario lo describía así en su Conferencia el señor Estelrich: «El Rotary Internacional es simpatía, es despertar chispazos de afecto y comprensión en todos los pueblos del mundo (*sic*), en un ambiente de paz y justicia. Estos dos principios flotan siempre como ideas: sólo falta recogerlas, concretarlas, como dice la Sagrada Escritura: *El Verbo se hizo carne*, Cristo, vino; encarnó y predicó; no fué sólo para darnos el cielo sino para que cada uno de nosotros se lo gane. Este es el sentido del Rotary Internacional, de que se vaya ensanchando el espíritu de paz y amor universal» («Las Noticias», 20 de mayo de 1928, página 10, col. 2).

Cuanto exista de noble y desinteresado en el programa rotario se halla incomparablemente mejor, más elevado, más pleno, más práctico, y, sobre todo, más evangélico y más cristiano, en las Encíclicas pontificias. Pío XI, siguiendo las huellas de sus predecesores, sobre todo de León XIII y Benedicto XV, ha concretado maravillosamente el ideal cristiano, humano a la vez y divino, en aquel lema: «La paz de Cristo en el Reino de Cristo.»

Ahí tienen los católicos el programa de su pensamiento y de su acción. Y no tienen necesidad de mendigar a hombres sin credenciales la luz, que tan espléndidamente les ofrece el Representant autorizado de Jesucristo.

Ese prurito malsano de acogerse al programa rotario abandonando el programa pontificio recuerda un hecho reciente de fatales consecuencias. Durante la pasada guerra europea, Benedicto XV propuso repetidas veces las bases de la paz, bases prudentes de una paz justa y duradera. Frente a ellas propuso Wilson sus 14 puntos. Los políticos dejaron a un lado las bases del Papa y optaron por los puntos de Wilson. Las consecuencias han sido desastrosas. Sin las bases del Papa, la paz justa y estable, que el mundo ansía, ni ha venido ni vendrá.

De una manera concreta, para la plena realización de su ideal, el Romano Pontífice ha dado al mundo el programa de una acción católica universal. Entre este programa y el rotario, un católico no puede permanecer dudoso o indeciso. Su deber, si quiere hacer algo en bien de la humanidad, es abrazar el programa de la acción católica, sumándose generosamente a los que en ella trabajan. Dejar este programa santo y fecundo por el programa sentimental del Rotary es, en realidad, desacreditar y restar fuerzas al programa pontificio. Y esto no es católico.

CONSECUENCIAS FATALES

Para terminar indicaremos brevemente dos consecuencias desastrosas a que se expone el católico afiliándose al Rotary internacional.

La primera es que la colaboración con católicos, sobre todo bajo la dirección de acatólicos, obliga con frecuencia a condescendencias o transacciones, en que peligra la integridad de la fe. Ejemplo patente de este peligro es lo que actualmente está pasando a los católicos afiliados a la «Acción francesa».

Mayor peligro quizás es el indiferentismo religioso a que se exponen los católicos dentro del Rotary, que profesa oficialmente la indiferencia religiosa. Para que se vea que no es ficticio ese peligro, copiaremos dos declaraciones de los rotarios. En el artículo antes citado «El Rotary y el Catolicismo» de la Re-

vista «Rotary», se escribe lo siguiente: «Como no se permiten discusiones religiosas dentro de los clubs, sino que se trata de hacer bien sin distinción de raza o religión, los ministros de Dios, sean católicos o protestantes, tienen voz y voto en todos los asuntos de los Clubs en pro del bienestar de la colectividad y del mejor entendimiento entre los pueblos» (págs. 8-9). ¡La diferencia de religión, equiparada a la diferencia de raza! ¡Todas igualmente buenas! Y los ministros protestantes llamados ministros de Dios, lo mismo que los ministros católicos! En otro artículo publicado en «Las Noticias», destinado, como el anterior, a justificar el Rotary a los ojos de los católicos, se dice: que el Rotary se propone «hacer caridad..., intensificar las relaciones internacionales entre los individuos —guardando a la vez, no una tolerancia, sino un respeto sagrado a toda creencia o idea— y eso no puede desagradar a nadie. Y, sin embargo, persiste la inquietud, cuando menos entre ciertos sectores confesionales» (*Lo que son los rotarios*, «Las Noticias», 17 de mayo de 1928, pág. 5, col. 1). ¡Respeto sagrado a toda creencia! ¡Al budismo, al mahometismo, al ateísmo!

JOSÉ M. BOVER, S. J.
